

—Os lo agradezco, caballero, dijo, si es mi voluntad debierais obedecerla.

Octavio habia doblado el testamento y lo habia colocado en el devocionario.

—Héle aquí, dijo á Genoveva, cerrándolo con los broches de plata.

—Y bien, caballero, hoy mismo lo llevaré al notario, añadió.

Octavio cogió el devocionario con un movimiento repentino.

—Aguardad, dijo, quiero leerlo otra vez.

Genoveva no adivinó lo que iba á hacer.

Luego desdobló el testamento y besó con dulzura la firma de su tía.

En seguida lo hizo pedazos con una gracia esquisita.

—Hé aquí mi última palabra, dijo sencillamente.

—Octavio! qué estais haciendo?

El jóven dió la mitad del testamento á Genoveva y colocó la otra mitad en el devocionario.

—Guardémoslo los dos para probarnos, si algun dia la nobleza de corazon se pierde en el mundo, que se encuentre entre los Parisis.

En aquel momento el cura de Campauvert cantaba el *Pater noster qui es in celis*.

## XXXV.

## EL RAMILLETE DE ROSAS.

Celebrada la misa ocurrió en el pórtico de la iglesia una escena imprevista, que borró de pronto, las dulces emociones que sentia el corazon de Octavio y el de Genoveva.

Todo el país sabia ya la historia del testamento—no me refiero al último—y puesto que la señorita de la Chastaigneraye era la legataria universal, natural era que se la manifestase alegría. Las doncellas y los jóvenes aldeanos resolvieron levantarla con ramajes y flores una especie de palanquin, ó, mejor dicho, una silla de manos rústicamente labrada.

Ocho aldeanas vestidas de blanco y coronadas de margaritas habian ido allí al terminar la misa para ofrecerla ramos y suplicarla que ocupara la silla.

Genoveva aceptó con gracia un ramillete de rosas que le presentó la mas jóven de las doncellas, mas no quiso ocupar la silla.

—Haceis mal, prima, la dijo Octavio: resentireis á esta buena gente.

—Tanto peor, respondió Genoveva cogiendo el



brazo de Octavio; pensad, que este obsequio se tributa á los cinco millones de mi tia. Vos sí que debierais ocupar la silla.

Y como las doncellas insistiesen, se volvió hácia la señorita de Moncenac y la dijo con gravedad que era ella quien debía ocupar aquel sitio.

—Porqué?

—Porque vos sois tambien un ramillete de rosas.

La señorita de Moncenac era demasiado sencilla para imaginarse que aquello era una sátira dirigida á su semblante y á su traje, donde se veian flores pintadas. Subió sin hacerse de rogar en la silla de flores y se dejó llevar al castillo por las ocho doncellas.

Al llegar frente á su puerta, Geneveva suplicó á Octavio que le dejase tomar de la sucesion de su tia ocho veces mil francos para dotar aquellas niñas.

—Bien lo sabeis, Geneveva, dijo Octavio, que he destrozado el testamento y no ignorais que sois la dueña absoluta de tal fortuna. Dotad á todo el mundo. Si algun dia no os queda ni siquiera para haceros un dote vos misma, yo quizá vendré á pedir vuestra mano.

—Pues bien, quizá algun dia seré vuestra esposa. Geneveva se ruborizó y ocultó su semblante con el ramillete, respirándolo con embriaguez.

Pareciale que en las frases de Octavio respiraba la dicha.

La dicha! El ramillete cayó de sus manos y Octa-

vio, que la contemplaba, vió como la palidez se esparcia á semejanza de una nube en su hermosísimo rostro.

—Octavio! dijo ella tendiéndole su mano: siento que me muero.

Octavio no la comprendió; mas no pudo impedir que Geneveva cayese como herida por el rayo.

—Oh! Dios mio! gritó la señorita de Moncenac: Geneveva ha muerto.

Quién la habia dado el ramillete de rosas?



ÍNDICE  
DEL TOMO PRIMERO.

LIBRO PRIMERO.

UN DON JUAN.

	Pág.
I. Lo que se halla escrito en las hojas del bosque de Bolonia . . . . .	5
II. La leyenda de los Parisis . . . . .	10
III. En que Octavio de Parisis evita su dicha . . . . .	22
IV. La curiosidad de una hija de Eva. . . . .	33
V. La vision de un escéptico . . . . .	39
VI. La Margarita de las Margaritas . . . . .	53
VII. El oro, el poder, la gloria y el amor. . . . .	56
VIII. El juego de naipes. . . . .	60
IX. La dama de Espadas . . . . .	68
X. Páginas de una historia familiar. . . . .	75
XI. El duque sin un sueldo . . . . .	90
XII. Donde Octavio busca su dama de Palos . . . . .	97
XIII. La dama de Palos y la de Espadas. . . . .	101
XIV. La vuelta por el lago . . . . .	107
XV. Por qué la señorita Aliza de Char- moy se hizo robar . . . . .	112
XVI. Sobre el hielo . . . . .	118